

Adelaida Blázquez: raíces y liberación

NUESTRA guerra —y el largo y permanente exilio— ha producido una generación de escritores originales, que no han sido suficientemente estudiados en su conjunto, y que en algunos casos están por descubrir para los lectores españoles: hijos de refugiados que se expresan en la lengua de los países que les acogieron, pero sin poder desprenderse de sus raíces y obsesiones españolas.

Entre los escritores españoles que se expresan en francés, Jorge Semprún es, sin duda, el más conocido, pero no es el único. Michel del Castillo ha alcanzado la celebridad en Francia con obras de calidad; lo mismo sucede con Vilallonga (en su terreno y en su estilo), con Arrabal (un caso distinto, por no ser un exiliado de la guerra, sino de los "años de paz"), con Agustín Gómez Arcos (ejemplo extremo de ruptura con un idioma: este exiliado relativamente reciente abandonó el castellano por todo lo que para él implica por una lengua que aún no maneja con facilidad), Carlos Semprún, Xavier Domingo...

Y Adelaida Blázquez. Hija del oficial republicano Martín Blázquez, Adelaida vivió en Bélgica y en Francia. Hace años publicó una novela autobiográfica (*... et si l'amour d'un grand Dieu*), terriblemente española, esperpéntica, que provocó los elogios de la crítica y el entusiasmo de Mary McCarthy, sin llegar a interesar al gran público. Ahora, con su segunda obra, *Gastón Lucas, serruier*, Adelaida Blázquez consigue ambas cosas. Su novela es uno de los grandes éxitos editoriales del momento.

Se trata, como escribió en primera página *Le Monde*, de las "confesiones de un obrero del siglo XX", y no es extraño que se haya publicado en una célebre colección —Terre Humaine—, en la que figura *Tristes trópicos*, de Lévi-Strauss. En efecto, la vida de un oscuro obrero de hoy, con sus costumbres, sus ritos, sus esperanzas y sus frustraciones, interesa a la antropología, casi tanto como los indios del Amazonas.

La vida de Gastón Lucas hubiera permanecido anónima sin su encuentro con Adelaida Blázquez. Su suicidio, "esa forma de lenguaje", como dice Marc Oraison, hubiera resultado inútil. Muchos otros obreros lo cometen, sin que su gesto trascienda más allá de sus allegados. Pero los dos tuvieron la suerte de conocerse en un momento en que ambos tenían necesidad de utilizar ese mismo lenguaje; Gastón Lucas se decidió a abrir la llave del gas y ella, llamada para socorrerle, decidió encerrarse con él y respirar profundamente, hasta

que se dieron cuenta de que se habían comprendido y que podían hablar.

Entre los dos (un obrero anciano, jubilado y una mujer joven e intelectual) había inesperadas afinidades. Como dice Adelaida, ambos estaban "interditos de desir" —a los dos se les prohibían los deseos—. A él, por su pertenencia a una clase oprimida; a ella, por ser hija de emigrados y por la represión machista.

Hablaron durante nueve meses. Mejor dicho, habló Gastón Lucas. La gran inteligencia de Adelaida consistió en abandonar toda actitud intelectual y paternalista, limitándose a hacer un trabajo enorme: traducir, ordenar, hacer inteligible el discurso de un hombre al que nunca le enseñaron a expresarse, que desconoce los códigos de las clases que están por encima de él, pero que tiene muchas cosas que decir.

Lo que Gastón Lucas nos cuenta es la historia de medio siglo, pero vista desde abajo. "La Historia la hacen los pueblos, pero la escriben los señores", dijo Mao. Aquí nos la relata un obrero que se vio metido en dos guerras, en el Frente Popular, que estuvo en el cautiverio, etc. Nos lo cuenta con una inteligencia que no es ni mayor ni menor que la de los demás (obreros o intelectuales), pero de forma diferente. No comprende muchas cosas o, tal vez, por no poseer los códigos de interpretación, nos da la impresión de que no las entiende como nosotros creemos entenderlas.

RAMON CHAO.—¿Qué hay de común entre vosotros, los escritores españoles que os expresáis en francés?

ADELAIDA BLÁZQUEZ.—Yo creo que estamos todos completamente obsesionados por nuestras raíces españolas; ninguno de nosotros ha podido asimilarse, ni ha querido hacerlo. En mi caso, yo nunca viví en España (he pasado toda mi vida en Francia o en Bélgica), pero me siento enteramente española.

R. CH.—Algunos de los escritores citados encaran ahora la posibilidad de regresar a España, para escribir y trabajar allí. ¿Tú no?

A. B.—Lo encaro difícilmente, porque creo que sería incapaz de ganarme la vida en España, puesto que no domino bastante el castellano, porque no lo estudié nunca —nunca fui a un colegio español. Escribo en francés y casi pienso en francés—, por lo menos en lo que se refiere a las ideas, porque a veces se me ocurre pensar en español, pero para cosas, digamos orgánicas: cuando tengo ganas de comer lo pienso en español...

R. CH.—¿Cómo recibe el lector

francés estas características vuestras, este fondo español que se refleja en vuestra literatura?

A. B.—Pues en la vida concreta lo recibe con bastante indiferencia, o tal vez lo encuentre un poco ridículo, pero cuando pasa a la forma escrita lo recibe muy bien. Creo que corresponde a una representación, a una imagen de España que está muy anclada en la mentalidad francesa: un romanticismo que existe desde hace mucho tiempo, una visión muy estetizante de España, que no tiene tal vez nada que ver con la España real, pero que gusta mucho.

R. CH.—En ti, sobre todo en tu primera novela, se advierte tu origen abulense, y también un fuerte temperamento teresiano.

A. B.—Sí, yo soy de Avila, toda la familia de mi padre es de Avila, y siempre vivieron allí. Pero mi madre es alemana, y salimos de España, mis hermanos, mi madre y yo, durante la guerra civil. Yo entonces no era un ser consciente; mis hermanos eran un poco mayores que yo y, en realidad, ellos fueron los que me educaron. Pero tengo que reconocer que mi madre influyó mucho en mí, pues a pesar de ser alemana era completamente antihitleriana y había elegido ser enteramente española ella también. Por ejemplo, en casa nos obligaba a hablar castellano, nos castigaba cuando hablábamos francés; los domingos hacíamos deberes en español.

R. CH.—¿Tu educación fue religiosa o laica?

A. B.—Mi madre era muy católica y nos educó muy religiosamente; yo exageré en eso, pues como mi padre estaba ausente y —cosa que cualquier psicoanalista podría explicar— desarrollé un gran misticismo; casi me identifiqué con Santa Teresa; tenía éxtasis por las noches al acostarme y cosas así, pero lo curioso es que conocí a mi

padre a los doce años y, en el acto, cuando lo vi, cuando hablé con él, inmediatamente, la primera idea que me vino fue: Dios no existe.

R. CH.—Es decir, que lo habías encontrado.

A. B.—Sí, Dios hasta entonces representaba la idea del padre, y lo sustituí por algo concreto.

R. CH.—Y luego —y perdona la forma abrupta de abordar un tema seguramente doloroso para ti—, ¿sufrió alguna decepción por la actitud de tu padre durante la guerra? ¿Te traumatizó?

A. B.—No me traumatizó en absoluto. Si algo sufrí fue más tarde, cuando sentí que era un punto del que mi padre no quería hablar, y que lo vivía él muy mal. Yo no lo juzgué nunca, entre otras cosas, porque creo que soy bastante incapaz de juzgar a nadie. No tengo esas categorías morales, y mi padre era ante todo un individuo y me parece que...

R. CH.—Tu padre se quedó en Francia...

A. B.—Sí, se quedó en Francia. O sea, que concretamente, desertó. Era un oficial republicano y escogió el partido de la República. Luego, cuando el Gobierno se fue a Valencia, tuvo un puesto importante en el gabinete del general Asensio, ayudó a organizar el Ejército republicano y lo mandaron en misión a Francia, para comprar armas y aviones, y en Francia se quedó. Para mí, todo eso es bastante confuso, por decir la verdad, pero creo que no pudo aguantar lo que llamaba "la criminal imbecilidad humana", y que yo llamaría la criminal imbecilidad varonil.

R. CH.—¿Te molesta que hablemos de este tema?

A. B.—Me es muy difícil evocar lo y me duele, pero creo que es necesario hacerlo. Las cosas son como son, y no hay que tratar de ocultarlas. Mi padre, al ser oficial, pensaba que lo más urgente era vencer al enemigo, y para ello era necesario organizar a las milicias en un ejército regular. Lo comprendieron los comunistas y los socialistas, pero le valió el odio de los anarquistas, que intentaron darle el pase. Esto, unido a las intrigas del Gobierno en Valencia, a la dimisión forzosa del general Asensio, lo descorazonó. Pidió que lo mandaran al frente y se lo negaron. No sé, quizá todo esto explique las razones de su deserción.

R. CH.—¿Siguió luego en contacto con España o se separó de lo español?

A. B.—No, nunca. Veías pasar a mi padre a cien metros y veías que era español. Era español hasta la médula. Y tenía una forma de inteligencia que yo considero muy española. O sea, que cuando un es-



A. Blázquez, según Vázquez de Sola.



Adelaida Blázquez: "En España o en Francia, siempre me siento extranjera".

pañol es inteligente, les pasa como a las mujeres inglesas cuando son guapas: lo son de una manera extraordinaria. Es decir, que la inteligencia de mi padre no se parecía a nada. Era una especie de visionario. Recuerdo que en los años cincuenta, cuando nadie hablaba de esto, decía que habría dos acontecimientos en el siglo XX que cambiarían las relaciones profundamente. Primero, la rebelión de los "sobrinos pobres" contra sus "tíos ricos" (se refería a los pueblos subdesarrollados contra las naciones superindustrializadas), y que ese era el principal problema y, luego, la liberación de las mujeres. Pensaba que gracias a la vulgarización de los métodos contraceptivos y a la consecución de la libertad por parte de las mujeres, los modelos de vida que habíamos tenido hasta ahora quedarían caducos, y que se volvería a empezar desde cero.

R. CH.—¿Cuándo murió tu padre?

A. B.—En el sesenta y siete. Vivía exiliado en Argentina, y volvió a España y creo que (eso parece romántico), pero creo que murió de asco. Murió de asco al volver con su familia, al encontrar a sus ex amigos que habían medrado todos, vivían muy bien y no se acordaban de nada. Se sentía completamente asqueado. Por otra parte, no tenía ninguna identidad, porque había desaparecido de los registros del Ejército español. Supongo que se había acogido a la amnistía, pero carecía de toda identidad.

R. CH.—Hablando ahora del misticismo que hablas experimentado siendo pequeña, ¿lo superaste o lo sientes aún en otros aspectos, en otros terrenos?

A. B.—Me parece que sí, porque no consigo superar el hecho de ser española y, en realidad, me siento

extranjera cuando estoy con los españoles, porque no viví nunca en España, y la España que me fabricó es completamente irreal, pero me siento completamente extranjera también con los franceses. Creo que me pasó lo mismo que a Goytisolo. Es decir, que quise liberarme de mi identidad en mi anterior novela, liberarme de todo mi pasado español, de toda esa confusión mental. Resultó una novela muy exhibicionista, muy narcisista. Cuando la terminé, y cuando se publicó, deseaba terminar con mí yo, no ser nadie.

R. CH.—Tal vez hayas logrado liberarte de esa obsesión de España, puesto que el tema de tu última obra, que acaba de ser publicada, no tiene nada que ver con España, ni casi contigo misma. Es la historia de otro.

A. B.—En esto me ayudaron las circunstancias, porque encontré a un cerrajero francés que vivía en mi mismo edificio, y con quien trabé, de repente, una gran amistad.

R. CH.—Y le dejaste hablar, colocándolo en primer plano y desapareciendo tú de la escena.

A. B.—Precisamente, eso correspondía a la obsesión que tenía yo en aquel entonces de llegar casi a un anonimato absoluto, de terminar con el narcisismo, de acabar con todo lo que hacía conmigo Adelaida Blázquez, digamos. Conocí a ese hombre, que es vecino mío (vive en el piso de abajo) una noche en que él intentó suicidarse y que su mujer me llamó para ver si yo podía hacer algo. Todos los vecinos del edificio estaban reunidos en la habitación, y él se encontraba encerrado en la cocina, con los pasos del gas abiertos. Nadie intentaba ninguna solución. Eso es muy francés, porque, por ejemplo, el se-

ñor que vive encima de mi piso es un hombre grandote, fuertote. Yo le dije: "pero tire usted la puerta abajo", y me contestó: "pero señora, estoy en una casa ajena". Entonces yo le dije: "así que usted no solamente parece idiota, sino que también lo es". Me miró con una furia tremenda, con ganas evidentes de pegarme, y entonces yo me fui, casi instintivamente, a refugiarme en la cocina. Pronuncié mi nombre, y Gastón Lucas me abrió la puerta. Entré en la cocina, y creo que estaba en el mismo estado de ánimo que Gastón aquella noche. Me encontraba bastante deprimida, y en vez de tener la reacción normal de cerrar el gas, de decirle "por Dios, no haga esto", le dije: "cómo lo comprendo a usted, qué ganas tengo de hacer lo mismo". Me quedé no sé cuánto tiempo —porque perdí la noción del tiempo— con él, respirando el gas casi con voluptuosidad, y se produjo una especie de encuentro entre ese señor mayor y yo, que fue casi como una relación amorosa. Bueno, después tuve la reacción normal, es decir, que cerré el gas, entramos en la habitación, todo el mundo se fue, y me quedé toda la noche con él y con su mujer charlando. Al día siguiente pensé que eso debía de desembocar en algo, que había que dar una forma a nuestras relaciones, y entonces se me ocurrió proponerle escribir un libro sobre su vida.

R. CH.—Y el resultado fue una novela de amor.

A. B.—Sí, esa es la palabra que hay que utilizar. Gastón Lucas es mi vecino desde hace muchos años, pero ya sabes que en París existe una gran frialdad entre vecinos, y con el pretexto de respetar la libertad ajena, la gente no se dirige la palabra. Nosotros rompimos con

esas convenciones gracias a ese sentimiento.

R. CH.—¿Te parece un hombre ejemplar?

A. B.—Bueno, me parece representativo de una generación específica que mamó, con la leche materna, un sistema de valores muy coherente del que nosotros sentimos una especie de nostalgia; por otra parte, me parece específicamente francés, forma parte de la médula de Francia. Y, en este sentido, le interrogué para que me hablase de su forma de pensamiento, de los ritos que siguen observando los que pertenecen a su clase, etcétera...

R. CH.—Después de leer el libro se puede deducir que entre vosotros hay diferencias ideológicas.

A. B.—Evidentemente, son completamente opuestas. Gastón Lucas es un hombre que nunca quiso entrar en un partido político, ni en un sindicato, porque quería "ser libre", y es, hasta cierto punto, un reaccionario, aunque habla que matizar esto. Pero lo que a mí me sorprende y me desagrada mucho es la actitud de la "intelligentsia", de los pensadores oficiales, que les exigen a los obreros pasar por el militancismo para que merezcan el reconocimiento de los demás. Yo tengo muchísimo respeto por los militantes obreros (quizá, aún más por ser española, y me parece que Comisiones Obreras hacen un trabajo importantísimo), no puedo admitir que se le exija a un obrero, como única posibilidad de expresión, la militancia. Es decir, que pienso que un obrero que pasa por el militancismo pasa también por los códigos oficiales si le obligan a eso. Es una cosa que no se me exigiría a mí, ni a ti, porque a nosotros nos consideran intelectuales. ■ Declaraciones recogidas por RAMON CHAO. Fotos: F. MARULL.